

Los espacios geográficos contienen siempre varios relatos, porque apelan a lo vivido por los ciudadanos, pero también a lo que imaginan de ellos. En este tránsito el bosque ocupa lugar preferente: es misterio, temor, extrañeza o biodiversidad

# Volver al bosque

JOAN NOGUÉ

En la mayoría de países europeos y en especial en los mediterráneos el bosque ha dejado de ser rentable económicamente y, a pesar de ello, sigue ocupando un lugar destacado en el imaginario colectivo. Sigue constituyendo un elemento visual fundamental en muchos paisajes, pero, en realidad, esta notable presencia física responde a una simple función de fondo escénico y de espacio lúdico puntual y más bien minoritario. Lo cierto es que hoy día vivimos de espaldas al bosque porque, por primera vez en la historia europea y si exceptuamos la madera que importamos de lejanas latitudes, apenas precisamos de los recursos naturales que éste nos ofreció hasta hace muy pocos años. Y, sin embargo, subsiste en buena medida su carga simbólica y su poder de atracción. A intentar desentrañar esta paradoja dedicaré las líneas que siguen.

El bosque es uno de los elementos del paisaje más interesante por el hecho de poseer una historia caracterizada desde sus orígenes por una profunda dualidad. Sus dimensiones materiales y espirituales, tangibles e intangibles, económicas y simbólicas, se mezclan y se interrelacionan una y otra vez a lo largo de los siglos. Las crónicas que nos llegan de la Edad Media nos lo muestran como un verdadero arsenal de recursos naturales y, a su vez, como un espacio hostil, desconocido e inmenso en el que reina lo misterioso y lo fantástico. Acercarse a los límites del bosque era habitual, pero penetrar en él, *emboscarse* (de ahí la expresión *emboscada*), lo era mucho menos, entre otras razones por sus evidentes riesgos: en el bosque no sólo se refugiaban espíritus indecibles, sino también fugitivos de la justicia y animales

salvajes y peligrosos, como osos y lobos. El bosque era un laberinto, una aventura. El ser humano se podía perder en él no sólo en el sentido más literal de la expresión, sino también en un sentido moral y figurado, puesto que éste era el territorio por antonomasia de los seres endemoniados, de las brujas, de los ladrones, de los malhechores. Quien penetra en el bosque medieval sabe que está franqueando el límite que separa la naturaleza de la cultura, el orden humano y social del caos demoníaco de la naturaleza, en especial de noche. De día se puede transcurrir por él y trabajar en él, cortando leña, cazando o recogiendo frutas silvestres y todo tipo de hierbas y plantas medicinales. Conviene no olvidar que el bosque era un espacio de gran va-

**Vivimos de espaldas al bosque porque ya no precisamos de sus recursos, pero su carga simbólica subsiste**

lor en tanto que inestimable fuente de recursos naturales y de ahí el severo control que sobre la explotación de dichos recursos ejercían los señores feudales. De noche, sin embargo, las cosas cambiaban: la incertidumbre y el misterio invadían el bosque y era entonces cuando el imaginario popular lo colmaba de relatos y leyendas fantásticas.

Según el medievalista francés Jacques Le Goff, el bosque era el desierto del Occidente medieval. Y así era, sin duda, aunque la comparación pueda sorprender de entrada. En esta zona de clima templado del planeta, sin grandes extensiones áridas, lo más parecido al desierto en todos los sentidos, menos en el bio-

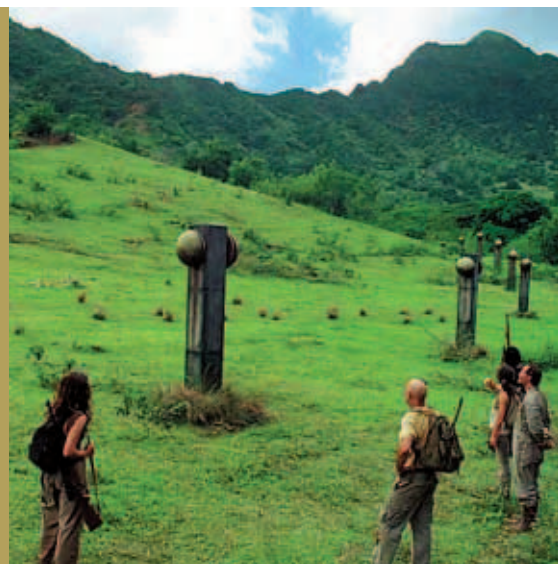


geográfico, era, precisamente, el bosque. En el horizonte medieval el bosque se hacía omnipresente: inmensas y tupidas masas forestales cercaban pequeños claros abiertos con dificultad por el ser humano. En ellos se asentaban los núcleos de población y a su alrededor se extendían los campos de cultivo y los pastos. Al alejarse de ellos uno se adentraba en el desierto, es decir, en el bosque, el espacio no humanizado por excelencia en el que reinaba la soledad. Charles Higounet, autor de un inventario y de un excelente mapa de bosques de Europa Occidental entre los siglos V al XI, constata que el término *forestis* o *foresta* (que dará lugar a *forêt* en francés, *forst* en alemán y *forest* en inglés) aparece ya desde sus orígenes asociado a la idea de soledad. Por su parte, el geógrafo Yi-Fu Tuan incide de nuevo en esta idea al constatar que las palabras inglesas *forest* (bosque) y *foreigner* (extranjero) comparten el mismo significado de *foranus* (estar fuera). La verdadera oposición en términos territoriales y de imaginario paisajístico no se daba tanto entre el campo y la ciudad, sino entre el espacio cultivado, habitado y más o menos construido y el espacio auténticamente salvaje, como el bosque o el mar. El contraste campo-ciudad no tenía por aquel entonces el peso que tuvo unos siglos más tarde y que en buena medida sigue manteniendo en el presente.

Habrà que esperar al Quattrocento italiano para encontrar las primeras representaciones pictóricas del bosque, justo en el inicio de un largo y complejo proceso de conversión del paisaje en un género artístico con mayúsculas, que tendrá uno de sus hitos en la pintura flamenca del siglo XVII. La percepción social del bosque irá cambiando progresivamente con el ascenso de la burguesía >

A la izquierda, detalle de una ilustración de N. C. Wyeth para una edición de 'The black arrow' ('La flecha negra'), 1916

'Twin Peaks', 'El proyecto de la bruja de Blair', 'El bosque' o 'Lost' demuestran que una naturaleza frondosa sigue resultando inquietante y válida como un personaje más al que cada cual puede adjudicar su significado preciso. El bosque de M. Night Shyamalan es una bella alegoría sobre la necesidad del mal y la amenaza del desorden en la civilización. ¿La suma absurda de misterios que imaginan los naufragos de 'Lost', no demuestra acaso que ya no sabemos resolver las incógnitas de la naturaleza si no es a partir de mitos y ficiones urbanas?



Hay todo un elenco de arquetipos y paisajes caídos en desuso desde que los relatos de los Grimm, Perrault, Andersen o Hoffman han dejado de ser leídos de padres a hijos. Sin embargo, desde el llamado arte 'outsider' al afectado 'pop surrealism', gran parte de este imaginario ha sido reubicado en galerías de arte, salones de tatuaje y revistas 'de tendencias'. En el arte 'outsider', obra de gente sin formación académica, es frecuente el formato del bosque, tanto la construcción de éstos a partir de esculturas como la transformación y ocupación de bosques reales con pintura, escultura y acciones de todo tipo



> sí al poder. Hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX se despertará un verdadero interés por el bosque, exactamente en el preciso momento en que la montaña empieza también a ser valorada por los románticos. Se produce entonces, curiosamente, una asociación de ideas entre la montaña y el bosque al verse éste confinado a los puntos más altos del territorio –a la montaña–, como resultado de un proceso de extensión de los cultivos nunca visto hasta entonces. La imagen del bosque se asociará progresivamente, a partir de aquel momento, a la imagen de la montaña, espacio de simbología iniciática por excelencia desde los orígenes de la humanidad. El retorno a la naturaleza salvaje que reclama Rousseau por aquellos mismos años no es más que un retorno al bosque, espacio que seguirá conservando hasta hoy día un cierto contenido iniciático: el Che, el Vietcong o el Comandante Marcos, entre muchos otros, siguen *saliendo* del bosque (de la selva, en este caso) para difundir su mensaje innovador y revolucionario al conjunto de la sociedad. Quizá contribuya también a ello el hecho de que el elemento más significativo y constitutivo del bosque, el árbol, ha gozado siempre y en todas las civilizaciones de una especial consideración simbólica. El árbol cósmico, que une y sostiene en un mismo eje el Cielo, la Tierra y el Infierno, se halla tanto en la tradición védica como en la mitología germánica. No debería sorprender, pues, que determinadas ideologías impregnadas de un marcado esencialismo, como los nacionalismos, hayan recurrido al mismo. El *Pi de les Tres Branques* en Catalunya o el *Árbol de Guernica* en Euskadi son una buena muestra de ello.

A la valoración estética del bosque iniciada por el Romanticismo se le añadirá progresivamente, a medida que nos adentremos en el siglo XIX, una valoración ética de elevado contenido ambientalista. El autor del ya clásico *Man and Nature* (1864), el norteamericano George Perkins Marsh, se escandalizaba al contemplar con sus propios ojos, mientras ejercía de embajador en Roma, la deforestación a la que era sometida la península italiana y la cuenca mediterránea en su conjunto. De lo mismo se quejaba por los mismos años el gran geógrafo y anarquista Elisée Reclus, en su caso en relación con los bosques de los Alpes franceses. Lamentaciones que por la época también encuentran eco en nuestro entorno más inmediato, incluso de la mano de escritores, como Marià Vayreda, quien, en uno de los dramas rurales más representativos de la literatura catalana, *La punyalada* (1904), muestra una y otra vez su preocupación por la ta-

la abusiva e indiscriminada de los bosques del Prepirineo.

Este valor ambiental añadido se mantiene hoy incólume, a pesar de que las circunstancias han cambiado radicalmente. A raíz del despoblamiento del campo y del abandono de los pastos y cultivos marginales, la superficie forestal ha crecido de manera espectacular en muchas regiones europeas, justo en el preciso momento en el que asistimos estupefactos a la destrucción, a un ritmo frenético, de las selvas vírgenes amazónica, africana y del sudeste asiático. Ambas dinámicas son igualmente preocupantes. Las consecuencias para el conjunto de la humanidad de la masiva destrucción de la selva son archiconocidas. Lo son menos las causadas por el



## El retorno de Rousseau a la naturaleza es un retorno al bosque, espacio que conserva su contenido iniciático

abandono del campo y el avance del bosque en las zonas templadas: pérdida del mosaico paisajístico, desaparición de paisajes culturales milenarios, disminución de la biodiversidad, extensión de las masas arbustivas y virulentos incendios forestales, con los correspondientes procesos de erosión del suelo asociados. El bosque podía haber seguido formando parte de nuestro imaginario paisajístico y ocupando un lugar privilegiado en nuestros sueños y quimeras sin esta metástasis forestal de baja calidad en la que cualquier evocación al *desierto* medieval y a su soledad exige elevadas dosis de imaginación. |

A la izquierda, detalle de una ilustración de Gustave Doré para un cuento de Perrault

## Lugar sagrado

# Secreto, fascinante

### ANTONI MARÍ

El bosque siempre fue un lugar secreto. Ocupa la linde de lo desconocido y etimológicamente en latín (*silva*) significa el exterior, lo de afuera, lo que está más allá de toda jurisdicción y gobierno; lejos de las fronteras del Imperio de Roma que limitan con los bosques meticulosamente descritos por Tácito en la *Germania*. Los habitantes de los bosques germanos son criaturas primitivas y rudimentarias que no saben vivir en sociedad, habitan cerca de las fuentes y los calveros y practican una religión natural que les permite preservar un orden de simplicidad vegetal. En los bosques inextricables, impenetrables y oscuros, acechan los peligros de sus múltiples habitantes, de los hombres y de los animales. Los hombres, por su ferocidad, crueldad y salvajería y los animales, por su extraña bestialidad y su terrorífico aspecto, velludos, de cornamentas como machetes y garras como púas que destrozaban todo lo que les viene al paso. “Esta selva selvaggia e aspra e forte/che nel pensier rinova la paura”, afirmó Dante.

Con el tiempo los habitantes del bosque se transformaron en modelo de vida virtuosa y natural y fueron comparados a los anacoretas y eremitas del primer cristianismo; la épica de los tiempos pasados se transformó en un idilio forestal y pastoril y se elogió la vida sencilla y primitiva, lejos de la decadencia de la ciudad. Sin embargo, el corazón del bosque seguía siendo secreto, nadie se atrevía a cruzarlo sin compañía y de noche. Un terror sagrado ocupaba la imaginación de los hombres que sospechaban extraños cultos, sacrificios consagrados a dioses antiguos, inaccesibles a los no iniciados. Las brujas, hadas, gnomos, larvas e incubos, los ladrones y los amantes, encuentran en el bosque su refugio, lugar donde domina la metamorfosis de los reinos animal, vegetal y mineral y donde los árboles, las bestias, el miedo y los ruidos adaptan las formas que el terror y el respeto impone a las presencias naturales. De aquí que el secreto del bosque sea reconocido como sagrado. Por oscuro, misterioso e inexplicable.

Todas las culturas conservan sus bosques sagrados; lugares remotos donde la historia se confunde con la fantasía, y la realidad con la imaginación. Restos arqueológicos, vestigios de viejos ente-

ramientos, cuevas profundas e inextricables, caminos cegados que favorecen la idea de lugar sagrado, protegido, por la maleza y los árboles, de las incursiones paganas. Esta es la idea que sostiene T.S. Eliot en su ensayo *The sacred wood*, los indicios inexpugnables de la tradición literaria, incólume frente a las inclemencias del tiempo y la estulticia de los exegetas y críticos, incapaces de “ver la mejor obra de nuestro tiempo y la mejor obra de hace dos mil años con los mismos ojos”. En el bosque sagrado de Eliot todo es tradición y transformación, a la vez. *Holly wood* (bosque sagrado) también debía ser un lugar de culto secreto que permanece todavía en su capacidad fascinante y transformadora y como todo bosque sagrado es contemplado con reverencia y fascinación.

El bosque, sin dejar de provocar inquietud y desazón, puede ser el lugar del advenimiento de algo que puede transformar la vida del que gusta de la soledad silvestre y que hace propicio el conocimiento. Así es para Martín Heidegger, para quien hay caminos de bosque, *Holzwege*, medio ocultos por la maleza, que siguen trazados imprevistos que conducen a nuevos parajes, difíciles de recorrer; antiguas aporías (caminos cegados por el bosque) que exigen la audacia del caminante que debe abrir nuevos cami-

## En el bosque uno ha de seguir al instinto, la facultad que permite a la razón encontrar su propio fundamento

nos para llegar al sitio de donde se partió. En el lugar más oscuro del bosque puede abrirse una *lichtung*, un claro en el bosque que da a ver lo oculto. Así, también, para María Zambrano, para quien los *Claros del bosque* pueden ser el lugar de la comprensión de aquello que sólo puede acontecer en la abertura del entendimiento. En el bosque uno ha de seguir al instinto, la facultad que permite a la razón encontrar su propio fundamento. El bosque como imagen y analogía de la vida y de la necesidad de encontrar sentido en ella.

El desierto avanza, pero los bosques, también. |